

## **El Islam, paradigma actual de la perversión del hecho religioso**

La película "La inocencia de los musulmanes" ha hecho estallar la violencia en el mundo árabe. La producción cinematográfica, de carácter marginal, habría pasado sin pena ni gloria si los propios musulmanes no la hubieran lanzado a la palestra pública con sus protestas. De hecho han sido ellos los principales promotores y publicistas de un producto que en otras circunstancias habría pasado totalmente desapercibido.

Al margen de su probable escasa calidad (la verdad es que no lo he visto, ni siento curiosidad por ella), todo parece indicar que es consecuencia de un premeditado propósito de provocar las reacciones que, efectivamente, está causando.

Pero desde mi punto de vista, no es tan importante razonar si procede considerar respetable la realización del film como el análisis de la reacción visceral de los creyentes islámicos.

Como preámbulo matizar que mis críticas no son específicas y exclusivas para el islam. Podríamos sustituir la palabra islam por cualquier otra religión y las conclusiones serían las mismas. Lo que si es cierto es que hoy, la religión que muestra su cara más fanática y perversa es el islam. No porque sea diferente del resto de religiones, sino porque la base generalizada de los pueblos en los que está enraizada, en muchos aspectos, están más cerca del modelo de sociedad medieval que de una sociedad del siglo XXI. Síntomas claros, y preocupantes, de ello son hechos tales como que los derechos individuales de quienes optan por modelos alternativos a los impuestos, simplemente no existen. El sometimiento de la mujer o la represión de lesbianas y homosexuales son ejemplos de la nula existencia de tales derechos. No menos importante es la no separación de estado y religión, hasta el punto que los principios religiosos sean la base de la legislación. Evidentemente, la libertad religiosa es inexistente.

Si comparamos el islam con las religiones derivada del cristianismo, resulta evidente que el fanatismo del primero y su incidencia en las sociedades donde es mayoritario es exponencialmente mayor. Pero tampoco debemos engañarnos. Si las religiones cristianas no tienen hoy una incidencia similar al islam, no es porque sean

intrínsecamente mejores. Simplemente es porque a lo largo de los siglos han ido perdiendo el poder político del que antes gozaban. De hecho, en los lugares donde hemos visto resurgir, hasta cierto punto, el poder de cualquiera de las opciones cristianas, ello ha venido acompañado de intentos, más o menos logrados, de control social. Los movimientos religiosos en la América profunda, la intervención de los representantes de dichos movimientos en los procesos electorales norteamericanos, el cuestionamiento de leyes como la del aborto o el matrimonio gay en España por los católicos, o la persecución de artistas críticos por los ortodoxos rusos, son ejemplos claros de que el fanatismo cristiano está muy lejos de desaparecer, y que si no llegan a las cotas del islam no es por falta de ganas.

Volviendo al desencadenante de los últimos disturbios, el hecho que se plantea es si es lícito ser abiertamente crítico con la religión, o si por el contrario debe existir un límite infranqueable que deba ser respetado. Quienes defienden esta última opción, basan tal criterio en el respeto que, según ellos, deben merecer las creencias ajenas.

Sin embargo tal razonamiento adolece de graves defectos. El respeto se debe a las personas, no a lo que piensan, y se manifiesta garantizando su vida y su integridad, así como la capacidad, precisamente, de manifestar sus ideas. Y recalco manifestar, sin que ello implique la dejación de mi propio derecho de criticarlas e incluso ridiculizarlas.

Pero es que además se me está pidiendo respeto para un planteamiento improbable e improbable. Ningún creyente, a lo largo de la historia, ha podido demostrar la existencia de dios, y mucho menos de "su dios". Quiero llamar la atención sobre el hecho de que si alguien demostrara la realidad de un dios concreto, no solo demostraría la verdad de su religión sino también la falsedad de todas las demás. Es la imposibilidad de tal demostración lo que permite a todas las religiones seguir afirmando, cada una de ellas, ser la única verdadera.

Así pues se nos pide respeto por una creencia cuya veracidad es imposible de demostrar. No puede ser más absurdo. Y por eso mismo carece totalmente de sentido tal petición. Una cosa es que estén en su derecho a creer en sus fantasías y otra muy distinta pretender que los demás les den carácter de hechos ciertos e intocables.

La reacción de los musulmanes a cualquier hecho crítico o escéptico relativo a sus creencias es la demostración palpable de la perversidad de la religión. Su respuesta totalmente desproporcionada y violenta en muchos casos, es la evidencia del fanatismo y la irracionalidad criminal de quienes, dejando al margen el dictado de la razón, se dejan manipular por las concepciones más absurdas.

Ello evidencia lo perverso de la religión, cuando las creencias basadas en la fe anulan el raciocinio y convierten a las personas en una masa dominada por la violencia ilógica y absurda.

La humanidad no abandonará definitivamente el oscurantismo hasta el día en que la religión deje de existir, al menos como elemento organizado. Hoy, las creencias religiosas ancladas aun en estructuras sociales semi-medievales, como es el caso del islam, son capaces de generar violencia extrema. Pero para luchar contra ellas es necesario previamente deshacernos del peso muerto que representan las religiones supuestamente integradas en el seno de las sociedades democráticas, porque son como una enfermedad latente que puede despertar si se dan las circunstancias adecuadas, y porque sería incoherente oponerse al islam en base a la manipulación de la sociedad que realiza si, por otra parte, permitimos idéntica manipulación a otras creencias religiosas.

Si deseamos que el futuro de la organización social humana se base en la racionalidad y en el respeto a los derechos individuales, estableciendo una sociedad justa, respetuosa y solidaria, es fundamental erradicar el fanatismo, y para ello la religión deberá desaparecer. Es evidente que difícilmente desaparecerá la necesidad que algunas personas tienen de creer en la existencia de un ser superior, y es también evidente que esa opción forma parte de sus derechos individuales. Pero si debemos evitar que esa necesidad se transforme en una estructura organizada que dicta normas e impone criterios, porque ese es el germen de la maldad de la religión.